M.^a ROSARIO LUCAS PELLICER (1937-2004)

M.^a ROSARIO LUCAS PELLICER (1937-2004)

M.^a CONCEPCIÓN BLASCO BOSQUED (*)

“Rechazada, siempre intempestiva, nunca la muerte resulta peor aceptada que cuando dirige sus arteros usos hacia personas que posan ante nuestros ojos en el disfrute pleno de su vida” (Fernández Miranda 1989) (1), hoy estas palabras de Manolo Fernández Miranda escritas para esta misma revista con ocasión del fallecimiento de Fernando Piñón, siguen teniendo plena vigencia referidas al propio Fernández Miranda, cuya muerte nos sorprendió hace ahora diez años, y en relación a Charo Lucas Pellicer, víctima, el pasado 26 de abril de 2004, de un absurdo y fatal accidente, pues pese a contar ya con años suficientes como para haber abandonado o, al menos, aminorado el ritmo de su actividad profesional, todavía seguía plenamente dedicada tanto a la docencia como a la investigación, unas tareas que siempre supo compaginar con la vida familiar y con el disfrute de sus amigos.

Es cierto que en los últimos años se había planteado jubilarse en una fecha que todavía no había querido o sabido precisar pero, a poco que le insistiéramos, cedía y, finalmente, no encontraba el momento de dejar el trabajo que había elegido por verdadera vocación, tanto en su vertiente de docente como en el de investigadora, unas actividades respaldadas por una sólida formación porque en el fondo de todo ello estaba su excelente preparación basada en una insaciable ansia de aprender y en su enorme avidez de lectora empedernida.

Nació en Monreal del Campo (Teruel) en 1937, localidad que abandonó muy pronto para estudiar bachillerato en Teruel y, posteriormente, licenciarse en Filosofía y Letras, Sección de Geografía e Historia, por la Universidad Complutense de Madrid (1955-1960); perteneció a una generación con un

amplio conocimiento adquirido en su relación con maestros de saber enciclopédico, lo que no fue obstáculo para poseer también una sólida formación específica como arqueóloga lo que permitía afrontar con autoridad trabajos, tanto del mundo clásico, como de la Prehistoria. En sus propias palabras: “éramos arqueólogos diversos y dispersos”, siguiendo así los pasos de unos maestros dedicados la Arqueología sin límites temporales, especialmente en su caso concreto por su inicial vinculación, como Ayudante de Cátedra, a D. Martín Almagro Basch, en un momento en el que simultaneaba la Cátedra con la Dirección del Museo Arqueológico Nacional, el Instituto Español de Prehistoria y la Comisaría de Excavaciones Arqueológicas y, por tanto, por sus manos pasaba toda la Arqueología española.

(*) Universidad Autónoma de Madrid. Dpto. de Prehistoria y Arqueología. Facultad de Filosofía y Letras. 28049-Cantoblanco.
Recibido: 8-X-04; aceptado: 20-X-04.

(1) Fernández Miranda, M. 1989: «Fernando Piñón Varela». *Trabajos de Prehistoria* 46:9-12.

Esta circunstancia favoreció el que Charo pudiera completar su formación universitaria con una actividad muy diversificada y complementaria al incorporarse, entre 1962 y 1965, al Instituto Español de Prehistoria del CSIC y al Servicio Nacional de Excavaciones arqueológicas de la Dirección General de Bellas Artes, actividades que interrumpió para disfrutar de una Beca, durante el curso 1963-64, en la Universidad de Mainz.

En esta corta etapa participó en distintos proyectos, entre los que cabe destacar la intervención en la segunda campaña de la Misión arqueológica española en Nubia y su colaboración en las dos exposiciones realizadas en torno a esta Misión. Así mismo, entre 1958 y 1962 estuvo becada por el Instituto Español de Prehistoria para participar, bajo la dirección de Purificación Atrián, en excavaciones arqueológicas de algunos yacimientos turolenses y colaborar en 1962 con el Instituto Arqueológico alemán en las excavaciones realizadas en el Cerro Real de Galera bajo la dirección de los Dres. Pellicer y Schule. A su regreso de Mainz en 1964, se hizo cargo de la dirección de las excavaciones en la necrópolis de Marroqués Altos (Jaén).

En 1966 abandona el Servicio Nacional de excavaciones arqueológicas al obtener una plaza del cuerpo de Ayudantes de Museo, vinculándose al Museo Arqueológico Nacional, puesto que simultaneó con el inicio de su carrera docente en la Escuela del Instituto de Conservación y Restauración. Dedicación que no le impidió mantener trabajos de campo, como la colaboración en las excavaciones de los dólmenes de Aguiar y Viseu con Vera Leisner y C. Riveiro (1966) y la responsabilidad del informe y excavación que, por encargo de la Comisaría Nacional de Excavaciones, realizó en 1968 sobre diversos yacimientos segovianos afectados por la concentración parcelaria.

A partir de 1969, se incorporó plenamente a la actividad universitaria en la UAM donde realizaría toda su carrera docente que culminó en 1991 con la obtención de una Cátedra de Prehistoria adscrita al Departamento de Prehistoria y Arqueología. En estos 35 años fue un referente para compañeros y

alumnos. Disfrutaba especialmente con la enseñanza de la Prehistoria peninsular e ideaba los más variados recursos para despertar en los alumnos la inquietud por la investigación mediante lecturas de libros y artículos y el planteamiento de “supuestos contextos arqueológicos” que debían de resolver justificando las asociaciones. Sus programas y clases tenían un sello muy particular.

Pero donde Charo se sentía más a gusto era investigando, una actividad que nunca estuvo marcada por una línea continua, sino por la necesidad de adentrarse en un tema o un aspecto que le sugería una lectura o la revisión de los materiales de una colección, pero fuera cual fuera el objetivo de su investigación, puso siempre al servicio de ella un acertadísimo sentido crítico y la autoridad de su sólida formación.

A contracorriente de una ciencia que tiende a encorsetarse en una línea monocorde de especialización puntual, su obra abarca trabajos que cubren desde el Paleolítico hasta el mundo visigodo y desde una excelente síntesis a un detallado análisis técnico, aunque dentro de esta variada obra en temas y enfoques, hay aspectos a los que dedicó una mayor atención, entre ellos resulta imprescindible destacar su contribución en trabajos de iconografía, particularmente del arte prehistórico y del mundo ibérico; pero tampoco podemos olvidar su síntesis sobre el paleolítico peninsular o las reflexiones dedicadas al megalitismo, a la Primera Edad del Hierro o al problema del celtismo peninsular.

Otro capítulo importante de su obra es el dedicado al análisis minucioso de determinadas piezas singulares de nuestro patrimonio arqueológico, baste como referencia, la fíbula trilaminar visigoda publicada en esta misma revista o los más recientes trabajos dedicados al Thymaterion de Calaceite, el vaso teriomorfo del Tosal Redó o el Tesoro de Villena, donde pone en evidencia sus vastos conocimientos, de los que nunca hizo alarde, pero supo poner al servicio de alumnos y compañeros.

Difícilmente su personalidad podrá ser remplazada. *Sit tibi terra levis.*